

abandonó la Eminencia. Estableció su cuartel general en San Francisco, y diariamente hacía salir partidas, que unas veces se internaban y otras molestaban al enemigo en sus mismos atrincheramientos.

Los mexicanos fortificaron y artillaron la Eminencia; establecieron abajo una batería de morteros, y rompieron el fuego sobre la plaza, echando toda clase de proyectiles. Estos fuegos eran contestados desde los baluartes de San Pedro, San Francisco, San Juan, Santa Rosa, San Carlos y puerta de San Román, y las balas y bombas que arrojaban diariamente sobre los invasores, les causaban no pocos destrozos. Transcurrieron, sin embargo, los meses de diciembre y enero, sin que los yucatecos ni los mexicanos adelantaran nada en su empresa. Los primeros carecían de los elementos necesarios para arrojar prontamente de su suelo á los seis mil hombres que los asediaban, y los segundos eran impotentes para someter á un pueblo que estaba fuertemente decidido á defender sus prerrogativas.

No obstante, á medida que avanzaba el tiempo, todas las ventajas se iban colocando del lado de los yucatecos. En primer lugar, el clima había comenzado á cebarse en las fuerzas invasoras, á pesar del invierno, y los hospitales y el cementerio recogían no pocas víctimas de este azote, contra el cual era impotente la táctica militar. En segundo lugar, estas mismas tropas sólo eran dueñas del terreno que pisaban; porque aunque los centralistas habían hecho creer que serían recibidas con los brazos abiertos en todo el país, la verdad era que los ciudadanos pacíficos huían á su aproximación, y que todo el que tenía un arma los hostilizaba. Se hallaban verdaderamente en un país enemigo, del cual no podían apoderarse sino por medio de una guerra de conquista. El completo aislamiento en que vivían, les impedía proporcionarse recursos en la tierra que pisaban, y estaban únicamente atendidos á los que recibían de México y Veracruz. Por último, las penalidades de la

campana habían provocado las deserciones, y con harta frecuencia se presentaban en Campeche y en otros puntos de la Península multitud de soldados que abandonaban á Miñón, solicitando, unos servir en nuestras filas, y otros retirarse á vivir pacíficamente en el lugar que se les señalase. En una palabra, el ejército mexicano se disminuía diariamente, y la proximidad de la estación colurosa le hacía temblar por el porvenir.

Lo contrario precisamente sucedía en el campo opuesto. La guerra de que venimos hablando había llegado á hacerse más popular que la de 1840, y el entusiasmo crecía á medida que se prolongaba. De día en día se organizaban en el interior del país nuevas fuerzas, que pasaban en seguida para Campeche á prestar sus servicios. Continuaban reuniéndose por todas partes donativos en dinero y en especie, que inmediatamente eran llevados á aquella ciudad, donde con este motivo reinaba la abundancia y la alegría. Además, las pequeñas embarcaciones que constituían nuestra fuerza de mar, se burlaban cuantas veces querían de los vapores de la escuadra enemiga, por el conocimiento que tenían de la costa, é introducían toda clase de víveres en la plaza. La Prensa no cesaba de animar á los combatientes, y hasta tal grado había alcanzado su objeto, que la guerra había llegado á convertirse en una especie de diversión para nuestros soldados. Se cantaban coplas para burlarse del enemigo (8); se creía, ó se fingía creer al me-

(8) He aquí algunas de estas coplas, que nos parecen una parodia de las que en iguales circunstancias fueron compuestas en Cádiz durante la invasión francesa de principios de este siglo:

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones,
Hacen las campechanas
Tirabuzones.

Pero los cohetes que arrojan
Los farolones,
Tronchan á los gallos
Los espolones.

nos, que ningún estrago causaban los proyectiles que arrojaba sobre la plaza, y cuando se organizaba alguna partida para emprender cualquiera operación militar, no sólo los soldados, sino también los paisanos, solicitaban el honor de formar parte de la expedición.

No entra, ni puede entrar, en nuestro propósito referir todos los encuentros que las fuerzas invasoras tuvieron con las de Yucatán, así dentro como fuera de la plaza. Pero no podemos excusarnos de indicar uno que costó mucha sangre á ambos contendientes, y tuvo una influencia desastrosa en sucesos que, si posible fuera, borraríamos con gusto de nuestra historia. La escasez de víveres que reinaba en el campamento mexicano, hizo concebir al general Miñón el pensamiento de ocupar el pueblo de Chiná, que dista dos leguas al este de Campeche y que posee en sus inmediaciones varias haciendas pobladas de ganado mayor. Hizo salir con este objeto una columna de ochocientos hombres, que puso á las órdenes del general Andrade, el cual se apoderó de aquel pueblo el día 2 de febrero. Como esta fuerza salió en dos partidas de Lerma, luego que el coronel Llergo tuvo noticia de la primera, destacó de su campamento de San Francisco una sección de doscientos cincuenta hombres, que al mando del capitán Valedón marchó á observar los movimientos del enemigo. Valedón llegó hasta Chiná, y creyendo que el pueblo solamente estaba defendido por 150 mexicanos, se arrojó con valor sobre sus atrincheramientos. Pero habiendo sido rechazado con algunas pérdidas, se vió en la necesidad de emprender la retirada.

Entonces el coronel Llergo dispuso en la noche del 3 que saliera de Campeche el teniente coronel D. Manuel Oliver con todo el batallón 16, el ligero permanente y dos piezas de montaña. Esta fuerza, que se compondría de unos quinientos hombres, emprendió inmediatamente su marcha para Chiná, y al rayar el alba del día 4 se encontró inopinada-

mente sobre las trincheras enemigas, á causa de haber extraviado el camino el indio que le sirvió de guía. Inmediatamente se empeñó un rudo y sangriento combate, en que forzosamente debían llevar la mejor parte las fuerzas mexicanas, no solamente porque eran superiores á las nuestras en número y disciplina, sino por las posiciones fortificadas que ocupaban. Los nuestros, no obstante que peleaban á pecho descubierto, quitaron al enemigo algunas trincheras y avanzaron hasta las inmediaciones de la plaza. Pero el fuego que se les hacía desde las alturas y las columnas de ataque que les salieron al encuentro, les impidieron pasar adelante. Generalizada desde este momento la acción entre las fuerzas agredidas y las agresoras, multitud de combatientes comenzaron á sucumbir, y la sangre corrió con abundancia por las calles de Chiná. A las nueve y media de la mañana, persuadido el teniente coronel Oliver de que era imposible desalojar al enemigo de sus posiciones, se retiró con el mayor orden posible, llevándose consigo los despojos sangrientos de aquella función de armas. Lo mismo hizo la fuerza mexicana pocas horas después, dejando abandonado y silencioso el campo de batalla. En nuestras filas quedaron fuera de combate cerca de doscientos hombres, entre muertos, heridos y dispersos. En igual ó mayor número se calcularon entonces las pérdidas del enemigo, entre las cuales se contaba la del general Andrade (9).

Una sensación profunda se apoderó del pueblo de Campeche, y aun de los mismos defensores de la plaza, cuando vieron conducir al hospital el gran número de heridos que había traído consigo el teniente coronel Oliver. Las viudas y los huérfanos de los que habían perecido en el combate, maldijeron á Santa-Anna y á la fuerza expedicionaria; pero la atención pública se fijó especialmente sobre

(9) Periódico oficial del gobierno, número 248.

los que eran llamados *traidores*, es decir, sobre los yucatecos que pública ó encubiertamente ayudaban á los mexicanos. Por aquella época comenzó á correr el rumor de que sucesivamente se habían descubierto en Mérida dos conspiraciones que tenían por objeto la reincorporación á México, y efectivamente, el gobernador suplente, D. Miguel Barbachano, había verificado con este motivo algunas prisiones y encerrado en la cárcel á varios centralistas.

Estos dos hechos exaltaron hasta el delirio las pasiones políticas, y los periódicos de Mérida y Campeche—especialmente los últimos—publicaban artículos incendiarios contra los enemigos que tenía la independencía de Yucatán, así dentro como fuera de la Península. Los ojos de los campechanos más exaltados, de cuando en cuando se convertían involuntariamente hacia la cárcel de aquella ciudad, en la cual estaban encerrados varios hombres por sospechas más ó menos vehementes de estar en connivencia con los invasores. También había entre ellos algunos cuya culpabilidad no podía ser puesta en duda, á causa de haber sido sorprendidos *in fraganti*. La Prensa había pedido varias veces que se activase la causa de estos hombres y se les impusiese el condigno castigo, insinuando que, si no se procedía con actividad, el pueblo intentaría tal vez hacerse justicia por su mano, como había querido hacerlo cuando fué aprehendido Soler. Pero sea que los trámites judiciales no pudiesen correr tan aprisa como querían los exaltados, ó que de intento no se quisiera pronunciar una sentencia durante la efervescencia de las pasiones, los jueces de Campeche se habían hecho hasta entonces sordos á las excitaciones de los periodistas, y aun del mismo Ayuntamiento.

Poco tardaron en justificarse los temores de los periódicos con un hecho execrable que acaso ellos mismos habían preparado involuntariamente, atizando el odio que se profesaba contra los cooperadores de la expedición mexi-

cana. En la tarde del 13 de febrero, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban á envolver en tinieblas la ciudad, unos hombres que se habían reunido con anticipación en el muelle, se arrojaron repentinamente sobre la cárcel y los cuarteles en que estaban los presos políticos, pidiendo á gritos su muerte. Los puestos de guardia y los centinelas les abrieron paso, sin duda, porque no tenemos noticia de que hubiesen encontrado ninguna resistencia para llegar hasta las prisiones. Una vez allí los asesinos, se arrojaron puñal en mano sobre los desgraciados presos, y mataron inicuaamente á cuantos pudieron tener al alcance de su brazo. Algunos pudieron escaparse, sin embargo, merced á la oscuridad de que estaban rodeados y á la confusión que debía reinar en aquellos momentos en las prisiones (10). Terminada la matanza á las diez de la noche, los asesinos salieron de la cárcel, sin que nadie pensara en detenerlos, y pocos momentos después se dispersaban por la ciudad, dejándola sumida en la consternación y en el espanto.

Es imposible leer sin estremecerse algunos de los artículos que publicaron los periódicos de Campeche en los días que siguieron á este horrible asesinato. Es verdad que no hacen del crimen una virtud; pero lo disculpan como una necesidad de las circunstancias, y casi piden un aplauso para sus autores. He aquí cómo se explicaba uno de ellos: «¡Sonó la hora fatal! Agotóse el sufrimiento del pueblo; salió de su natural mansedumbre, y los que habían provocado é irritado las pasiones, los que habían atentado

(10) He aquí los nombres de las personas que sucumbieron al puñal de los asesinos en aquella noche fatal: D. Esteban Valay, el P. D. Joaquín Zavalegui, D. Juan José Domínguez, D. José María Cetina, D. Feliciano Miró, D. José de los Santos Alcocer y D. Prudencio Zapata. Los presos que pudieron salvarse fueron los siguientes: D. Pablo Pascual (hijo), D. Atanasio Soler, D. José María Covián, D. José María Corrales, D. Félix Cáseres, D. José Eufrasio Erosa, D. José Pío Montes, D. Manuel Masa y D. Juan Sixto Ortoll.

contra los intereses de la comunidad..... ¡perecieron!.... ¡Santo Dios! Tú que conoces los más recónditos senos del corazón humano; Tú que penetras todos los arcanos y que con el ojo de tu providencia divina ves lo pasado, lo presente y lo futuro, juzgad á este pueblo..... ¡Hombres! detened el juicio; llegará un tiempo de verdad; la calma sucederá á la tempestad, y entonces juzgad á este pueblo..... Realizáronse por fin los temores que habíamos manifestado tiempo há; cansóse el pueblo de esperar; obró tal vez la violencia; *pero el crimen no se ha presentado en la escena.* Si la calumnia viniese á deturpar la conducta del pueblo campechano; si la malignidad tratase de mancillar su patriotismo, hable la razón y la serena é impassible filosofía salga á su defensa..... ¡Oh noche! ¡oh terrible noche! Nunca podremos recordar sin dolor tan tristes y lamentables ocurrencias; pero la suerte y la libertad del pueblo peligraban; el pueblo, con su natural instinto, conoció hallarse al borde del precipicio; preciso era que se salvase; los medios debían ser fuertes, y los abrazó.....»

Hemos copiado las palabras que preceden para que se vea el grado de excitación á que habían llegado las pasiones. El mismo periódico oficial que se publicaba en Mérida, y que expresamente manifestó que no disculpaba los asesinatos de Campeche, añadía, sin embargo: «Es indudable que pudo evitarse esta tragedia, y se descuidaron los medios de conseguirlo; porque nunca se satisfizo la sed de justicia que tenía un pueblo sacrificado por su libertad, y que veía multiplicarse cada día las tentativas de oprimirlo y de cargarlo de cadenas. Clamó, se quejó, amenazó; todo fué en vano, y la fatalidad, sí, la fatalidad lo arrastró á la consumación de un crimen inevitable» (11).

Todo esto explica, en nuestro concepto, el móvil que armó el brazo de los asesinos del 13 de febrero. Excitado de con-

(11) *El Siglo XIX*, número 252.

tinuo el espíritu público con los clamores de la Prensa y con las noticias que circulaban sobre los trabajos de los *traidores*, la sangre subió al cerebro de los más exaltados, y cuando la razón se ofusca, se pierde todo sentimiento de virtud. Todas las naciones del mundo han pasado por crisis terribles, en que se han consumado crímenes más atroces y repugnantes que el que acabamos de describir.

Hay, sin embargo, un detalle, del que poco después se apoderó el espíritu de partido para manchar la reputación de un elevado personaje. El hecho de que los asesinos hubiesen pasado sin estorbo entre la guardia y los centinelas que cuidaban las cárceles, hizo sospechar que la autoridad pública no fué del todo extraña á la consumación del crimen. Pero los empleados subalternos, ¿no pueden también tener sus pasiones, como el pueblo, y obrar en determinados casos sin órdenes de sus superiores? Hay algo más, sin embargo. En el mismo año 1843 apareció en un periódico de los Estados Unidos una declaración que dió en Nueva Orleans, ante el cónsul mexicano, un tal Pascual Joseh, uno de los asesinos del 13 de febrero, atribuyendo el crimen á órdenes expresas del gobernador D. Santiago Méndez. Los enemigos políticos de este personaje se apoderaron después de este hecho para desconceptuarle entre sus conciudadanos; pero la verdad es que no existe ninguna prueba concluyente que justifique esta inculpación. El dicho de un extranjero que desertó de las fuerzas yucatecas, probablemente por sugerencias de los centralistas, no es una prueba que merezca ser tomada en consideración, puesto que fué dada á luz en un país extraño, donde seguramente nadie se cuidó de inquirir si existía tal Joseh y si dió la declaración que se pretende. Son tantas las calumnias que se publican ordinariamente en los periódicos.....

Pero apartemos nuestros ojos de esta escena repugnante, y pasemos á referir el nuevo giro que tomó la campaña después de la acción de Chiná.